

Introducción

Yo fui un gánster económico (GE) y formé parte de ese cuerpo de élite de modernos «pistoleros» que protegen los intereses de las grandes multinacionales y de ciertos sectores del Gobierno estadounidense. Tenía un cargo con un nombre rimbombante —economista jefe— y disponía de una plantilla de economistas, asesores de gestión y analistas financieros de primera fila que realizaban unos informes impresionantes y que parecían legítimos, aunque mi auténtico trabajo consistía en engañar al Tercer Mundo y saquearlo.

Los GE trabajan de muchas maneras, pero nuestra tarea más común era identificar países que tenían recursos codiciados por nuestras empresas. Luego, seducíamos, sobornábamos y extorciónábamos a sus dirigentes para que explotasen a su propia gente, aceptando préstamos que esos países nunca podrían devolver, privatizando sus activos nacionales, haciendo legal la destrucción de frágiles ecosistemas, y por último vendiendo a precios de saldo a nuestras empresas esos ansiados recursos. Cuando los dirigentes se resisten, son derrocados o asesinados por chacales de la CIA.

Tuvimos tanto éxito en el Tercer Mundo que nuestros jefes nos mandaron aplicar las mismas estrategias en Estados Unidos y el resto del planeta. El resultado es una forma insostenible de capitalismo que ha desatado la actual crisis económica. Pese a recu-

peraciones temporales, la crisis es la vanguardia de un tsunami global.

Anoté estas palabras mientras mi avión de la Icelandair 757 aterrizaba muy de mañana en Reikiavik el 5 de marzo de 2009, después de un agotador vuelo nocturno desde Florida. Escudriñando en la oscuridad de la noche, tuve la repentina sensación de que había regresado al siglo XIX y llegaba en diligencia a una ciudad en auge del Viejo Oeste, tal vez Tombstone, en Arizona, o Deadwood, en Dakota del Sur. Y que el hundimiento de esta ciudad, poco antes en auge, era simplemente un síntoma más de que el tsunami estaba desarrollando energía.

La economía de Islandia, considerada hasta hace poco una pariente pobre, subdesarrollada y lejana, había explotado repentinamente, colocándose en el puesto del tercer país más rico (per cápita) del mundo según la lista del Banco Mundial de 2007. Reikiavik se había convertido en una ciudad en auge en la que la gente amasaba fortunas de la noche a la mañana. Celebridades, jugadores, estafadores y gánsteres económicos llegaban en tropel. Morgan Stanley, Goldman Sachs y la mayoría del resto de firmas importantes de Wall Street enviaban ejércitos encorbatados. Hombres y mujeres que desempeñaban mi antigua profesión convencían a la gente para que se hipotecara hasta el cuello aplicando un modelo similar al utilizado en Indonesia, Nigeria, Colombia, y todos aquellos países cuyo petróleo y otros preciosos recursos naturales los impelían hacia un materialismo instantáneo. Las personas se dedicaban a derrochar dinero de una forma digna de Hollywood. Compraban mansiones en Miami, apartamentos en Beverly Hills, grandes almacenes británicos, líneas aéreas danesas, Bentleys y Rolls-Royces, centrales eléctricas noruegas e incluso un equipo de fútbol inglés. En 2007, los ciudadanos de Islandia poseían aproximadamente cincuenta veces más activos extranjeros que en 2002. El mercado bursátil de Islan-

dia se multiplicó por nueve entre 2003 y 2007 (mientras que el mercado estadounidense apenas se duplicó). Los precios de la propiedad inmobiliaria de Reikiavik se triplicaron. La riqueza media de las familias se triplicó en un periodo de tres años.¹

La materia prima causante del auge de Islandia —su oro— era la energía hidroeléctrica y geotérmica. Los glaciares, ríos, volcanes y aguas termales subterráneas parecían ofrecer ilimitadas cantidades de energía. Como este recurso no puede ser envasado o metido en barriles, tenía que ser explotado in situ. Los principales consumidores de energía, las empresas de aluminio, vinieron a Islandia a finales de la década de 1960. Durante las siguientes cuatro décadas, a medida que la demanda mundial de aluminio se disparaba, convencieron a los dirigentes de Islandia para que construyeran centrales eléctricas y así dar energía a las fundiciones extranjeras. Alcoa hizo una oferta que situaría a Islandia en primera fila: un contrato para construir un gigantesco complejo para la fabricación de aluminio en el remoto norte. Todo lo que tenía que hacer Islandia era embarcarse en un préstamo muy grande —garantizado por los ingresos previstos de la venta de kilovatios-hora— y contratar empresas extranjeras para que construyeran una presa y una central eléctrica capaz de generar más de 600 megavatios con los que activar este horno (piénsese que, en comparación, toda la población de Islandia consumía 300 megavatios).

Evidentemente, no iba a resultar tan sencillo. Los científicos descubrieron que el emplazamiento de la presa cabalgaba sobre una falla sísmica y que la zona que se iba a inundar —aproximadamente del tamaño de Manhattan (en un país ligeramente más pequeño que el estado de Kentucky)— contenía ecosistemas poco comunes. La gente miraba para otro lado cuando su Gobierno pasaba por alto leyes medioambientales y emitía permisos de obra en «condiciones especiales». En junio de 2007, Alcoa inauguró su fábrica de aluminio, construida por la Bechtel Corporation de Estados Unidos. La nueva fábrica fue programada para que comenzara

a producir 346.000 toneladas métricas de aluminio al año, lo cual era diez veces la capacidad de la primera planta del país.

La gente lo celebró... bueno, sólo hasta enterarse de que su compañía eléctrica perdía decenas de miles de dólares cada hora que Alcoa ponía sus equipos en funcionamiento.

El 6 de octubre de 2008 sucedió lo inesperado. Los bancos islandeses, que habían aumentado varias veces el tamaño de la economía nacional, quebraron. Las pérdidas ascendían a 100.000 millones de dólares, y seguían creciendo. La deuda del país había aumentado hasta el 850 por cien de su producto interior bruto (PIB). Islandia se había ido al garete.²

Mientras mi avión avanzaba por la pista, me pregunté si Reikiavik tendría el aspecto de Tombstone y Deadwood después de que pasara la fiebre del oro, y si dentro de poco estaría paseando por las calles de una ciudad fantasma, ocupada únicamente por ladrones, pordioseros, pistoleros trasnochados y tal vez uno o dos GE borrachos.

No me cabía duda de que Islandia era la precursora. Una de las razones por las que había realizado ese viaje era porque quería comprender los pormenores relativos al primer «impacto» en un país desarrollado. Si el resto de nosotros no aprendía de la tragedia de este país, probablemente todos sufriríamos consecuencias similares.

Islandia, junto con Estados Unidos y gran parte del mundo, había soportado un tipo específico de capitalismo, una desviación que mis profesores de la facultad de Económicas habían previsto y contra la cual habían clamado a finales de la década de 1960. Sus defensores inculcaron una serie de valores en líderes políticos y empresariales, desde Wall Street hasta Shanghai, que ahora nos estaban conduciendo a todos hacia desastres similares a los sufridos por el Tercer Mundo desde comienzos de la década de 1970, la época

en que yo me incorporé a las filas de los GE. Ahora le había tocado a Islandia. La filosofía que rige este tipo particular de capitalismo es una absoluta creencia en la privatización de recursos, la concesión de poderes sin trabas a los ejecutivos de las empresas, y el fomento de una deuda tan extrema que tiene como resultado las modernas formas de esclavitud, tanto para los países como para los individuos. Esta filosofía se basa en el supuesto de que los consejeros delegados que dirigen nuestras empresas más poderosas constituyen una clase especial de realeza y que, a diferencia de la gente normal, no necesita gobernarse por reglamentos, todo lo cual ha alterado totalmente la geopolítica. Ahora acabamos de entrar en una época no diferente de aquella en la que las ciudades-estado fueron sustituidas por naciones, excepto en que hoy en día las naciones han sido usurpadas por empresas gigantescas.

El problema, como sabían mis profesores de economía, no era el capitalismo. El problema era el abuso del capitalismo y el hecho de que tanta gente estuviera infectada por el virus mutante. El avión dio unas sacudidas y se detuvo, mientras me preguntaba acerca de nuestras posibilidades de controlar el virus antes de que se convirtiera en una epidemia.

Salí del avión y, una vez pasada la aduana, fui recibido por un hombre joven, con aspecto de luchador, que se presentó como mi chofer. Me condujo al exterior. La tenue luz del alba asomaba difusa a través de una fría llovizna que parecía iba a convertirse en nieve de un momento a otro. Mientras trepaba a su todoterreno, tuve la sensación de que me estaba subiendo a una diligencia con rumbo a Deadwood.

«Ojalá hubiera comprado un coche más pequeño —dijo como pidiendo disculpas, interpretando aparentemente mi confusión momentánea como una expresión de condena—. Pero eso fue hace más de un año. ¿Quién se lo iba a imaginar?»

Poco después de abandonar el aeropuerto, me mostró a través de la oscura llovizna un complejo de edificios, y me explicó

que había sido una base militar norteamericana con más de 1.200 militares, hasta que el Pentágono la desalojó en 2006.

Pregunté si ahora estaba abandonada.

—Casi —replicó—. Una de nuestras universidades la ocupó. Los estudiantes sustituyeron a los soldados. —Chasqueó la lengua—. Su Gobierno enterró una fortuna en esas instalaciones antes de marcharse.

—¿Por qué? —Me miró, con el tipo de mirada que un profesor echa a un alumno que tendría que saberlo—. Oí decir que los contratistas se forraron.

La lluvia salpicaba el limpiaparabrisas. A través de la ventanilla podía ver un paisaje árido. Por toda la abrupta superficie aparecían rocas escarpadas como si algún dios furioso les hubiera dado un puñetazo que las hubiera hecho caer al azar.

—Corriente de lava volcánica —dijo mi chofer. Luego, apuntando hacia un campo nevado que desaparecía en una nube, añadió—: Allí está la montaña que provocó todo esto.

Mencioné que, según tenía entendido, la NASA había entrenado aquí a los astronautas del Apolo antes de enviarlos a la Luna.

—Sí. Es verdad —respondió—. Pero al final los trolls los ahuyentaron.

—¿Los trolls?

—Criaturas mitológicas nórdicas, una especie de mezcla de elfos y gigantes. Unos monstruitos malvados. —Hizo una pausa y luego me lanzó una sonrisa de gato de Cheshire—. Antes de construir su nuevo horno, Alcoa contrató a un exorcista para certificar que no se había obligado a los trolls a abandonar su territorio. Se rumoreó que el experto era un charlatán y que los problemas económicos de Islandia son producto de la venganza de los trolls. —Hizo un gesto en dirección a la ventanilla—. ¿Ve eso?

A través del cristal distinguí varias figuras de piedra construidas de lava volcánica.

—¿Esas estatuas raras?

—Sí. La luz del sol convierte a los trolls en piedra. A veces se ven sorprendidos al aire libre cuando amanece. —Soltó una risita—. Pero no sucede a menudo. No tenemos mucho sol aquí.

—Economía de trolls —dije sin pensar.

Me lanzó una mirada burlona.

—No era más que una idea —dije. Me encogí de hombros—. Al fin y al cabo, soy economista.

—Entiendo.

Aunque no pude interpretar su expresión, supuse que al saber que era economista se estaba preguntando qué estaba pensando llevarme de su país. Aquellas tres palabras, «economía de trolls», se me quedaron grabadas. Continuaba escuchándolas mientras seguíamos avanzando hacia Reikiavik. Si los trolls estaban implicados en este clásico «golpe», habían asumido forma humana y se habían infiltrado ocupando puestos dentro de Alcoa, el Gobierno y los bancos. Me vino a la mente una imagen de un hombre calvo con una sonrisa pícaro y gafas de libélula. Era una foto que había visto recientemente de Milton Friedman, el Premio Nobel de la Chicago School of Economics. Fue él, más que ningún otro, quien convenció a Islandia, y prácticamente a todos los demás países, de que no aplicaran las políticas que nos sacaron de la Gran Depresión; ejerció su magia para fomentar esa forma depredadora de capitalismo que había acabado con Islandia.

—¡Ahí está! —exclamó mi chofer indicando los edificios apenas visibles a través de la lluvia—. La raíz de todos nuestros problemas, la primera de nuestras plantas de aluminio, propiedad ahora de Río Tinto Alcan.

Eché un vistazo a través de los limpiaparabrisas. Un par de enormes torres cilíndricas asomaban entre la niebla. Colocadas sobre un muelle que se adentraba en el océano, me recordaban las torretas de un castillo de una película antigua sobre batallas medievales. Junto a ellas, un edificio más bajo parecía perderse tierra adentro.

—Ese otro —dijo mi chofer, indicando el edificio que podría

haber albergado al tren de mercancías más largo del mundo— tiene una milla [1.600 m] de longitud. Hay tres como él. Los otros dos están ocultos bajo el que se ve.

Ninguno de los dos dijo nada mientras nos acercábamos y dejábamos atrás la planta de aluminio. No se veía un alma. Nada se movía. El lugar podría haber estado abandonado, pero mi chofer me aseguró que no lo estaba.

—Funciona día y noche —afirmó.

Al igual que otros centros industriales que he visitado —minas de carbón, fábricas de papel y pasta de papel, refinerías de petróleo y centrales eléctricas nucleares—, su enorme volumen me pareció abrumador. Era imposible situarlo en ningún tipo de contexto. Y, sin embargo, yo sabía que la capacidad de producción de esta planta, a pesar de los incrementos desde su construcción, era mucho menor que la del nuevo horno Alcoa. Me volví hacia atrás mientras la contemplaba desaparecer en la lluvia.

—Ahí tiene su ciudad fantasma —dijo el chofer, interrumpiendo mis meditaciones. A nuestra derecha se levantaba una fila tras otra de peculiares casas de estilo suburbano—. Todas vacías. —Meneó tristemente la cabeza y volvió a hacer un extraño chasquido con la lengua—. Una gran oportunidad, dicen, si está buscando casa en Islandia.

Las examiné a medida que pasábamos por delante. No era lo que yo esperaba: nada de calles barridas por el viento, zarzas rodantes, salones cerrados o puertas golpeando en la oscuridad.

Cuarenta y cinco minutos después de dejar el aeropuerto llegamos a Reikiavik.

—Le voy a llevar por una especie de desvío —anunció mi chofer—. La avenida de los sueños truncados. —Giró por una calle en la que se alzaban unos magníficos y modernos edificios unos detrás de otros—. La mayoría de ellos eran bancos o instituciones financieras de algún tipo —dijo—. Ahora todos están vacíos.

Al principio pensé que estaba bromeando. Parecía imposible

que todos estos asombrosos ejemplos de arquitectura contemporánea pudieran estar desocupados. Aminoró la velocidad del coche. Pegué la cara contra el cristal y observé que muchas de las ventanas todavía tenían pequeñas etiquetas pegadas en las esquinas. Era asombroso. Redujo aún más la velocidad y entonces pude ver que dentro no había nada. Ni mesas ni sillas. Ni siquiera cortinas. Nada más que enormes cuevas vacías.

—Otra ciudad fantasma —dijo.

—Increíble.

—Dé las gracias por estar sólo de paso. —Me lanzó una mirada—. Yo vivo aquí.

—Me parece que todos vivimos aquí.

Este libro trata sobre ese «aquí», sobre la situación en la que nos encontramos ahora, sobre cómo hemos llegado a este espantoso lugar y hacia dónde deberíamos dirigirnos.

Wall Street tal vez no se parece todavía a la Avenida de los Sueños Truncados de Reikiavik. Lo mismo que esa avenida no se parecía a las calles barridas por plantas rodadoras de una abandonada Tombstone. Sin embargo, en los últimos dos años, en Estados Unidos hemos visto las señales. Hemos sido bombardeados por imágenes que son chocantes y extremas: gráficos de índices de desempleo en alza y un Dow Jones que cae en picado; campamentos de hombres y mujeres sin hogar en las afueras de Sacramento, California y Portland (Oregón); presidentes de empresas automovilísticas que vuelan a Washington, D.C. en aviones privados para pedir al Congreso enormes rescates financieros; la desacreditada aseguradora AIG [American International Group] anunciando que pagaría 450 millones de dólares en primas a los ejecutivos que la habían llevado a la quiebra, y el ex presidente del Nasdaq, Bernard Madoff, declarándose culpable de estafar miles de millones de dólares a los inversores...

Y las imágenes siguen y siguen. Nos deprimen. Puede que hayan sido una sorpresa para muchos. Pero el hecho es que deberíamos haberlo visto venir. Mis profesores, a finales de la década de 1960, lo hicieron. Y muchos estudiantes contemporáneos también.

«Hubo muchas advertencias —me dijo Martha, estudiante de primer curso en la Universidad de Stanford—. Un déficit presupuestario en Estados Unidos de más de un billón de dólares. La burbuja hipotecaria: préstamos masivos concedidos a personas que no podían permitírselos. Una guerra extremadamente cara, la externalización de puestos de trabajo, la abolición de las leyes bancarias... ¿Cómo no íbamos a saberlo?»

Sin embargo, nos seguimos engañando a nosotros mismos. Los periodos ocasionales de bonanza, cuando el mercado bursátil parece revivir o bajan los precios de la gasolina, nos adormecen y creemos que lo peor ya ha pasado. Somos como los perros de Pavlov: suena la campana y secretamos saliva. Es una peligrosa ilusión que nos impide hacer frente a los verdaderos problemas.

«La verdad [escribí en *Confesiones de un gánster económico*, publicado en noviembre de 2004] es que estamos viviendo una mentira... Hemos creado una capa que oculta los cánceres fatales que están bajo la superficie.»

Lamentablemente, son muchas las personas que no han querido mirar lo que se oculta bajo las apariencias. Nuestros dirigentes políticos y económicos nos han animado a «aguantar hasta el final». Con demasiada frecuencia hemos recurrido a viejos tópicos. Hemos aceptado el cáncer, el depredador virus mutante del capitalismo, como si fuera la norma. Nos hemos convencido a nosotros mismos de que podemos seguir consumiendo cantidades desproporcionadas de los recursos mundiales y cargarlo a las tarjetas de crédito sin ni siquiera pagar unos tipos de interés dignos de usureros, o las consecuencias.

«¿Cómo se arma uno de valor [preguntaba en *Confesiones...*]

para dar un paso al frente y desafiar conceptos que usted y sus vecinos han aceptado siempre como si estuviera escrito en el evangelio, aunque sospechen que el sistema está a punto de autodestruirse?»

No hemos sido capaces de armarnos de valor. Hemos permitido a nuestro Gobierno perseguir sombras de terroristas en Irak, hurgar en nuestros bolsos y maletines en los aeropuertos en busca de tubos de pasta de dientes explosivos, profanar nuestras leyes más sagradas metiendo en la cárcel a personas sin derecho al hábeas corpus, y nos hemos dejado convencer de que criticar a nuestro presidente era una traición. Hemos aceptado la idea de que los países cuyo PIB era una fracción de las pérdidas de AIG eran miembros del «Eje del mal» al tiempo que hemos acabado con leyes que nos habrían protegido de la rapacidad de los financieros. Hemos apoyado operaciones para hacer batidas en la jungla de Colombia en busca de terroristas, pero no nos hemos preocupado de examinar los libros mayores de las empresas con poder de destruir nuestra economía.

La elección del presidente Obama fue simbólica. Pasar de ser republicanos conservadores a demócratas liberales en una noche supuso un profundo cambio en las actitudes de los votantes estadounidenses. El mensaje era que deseábamos el cambio. Los planes de la administración Obama de refrenar la industria de las tarjetas de crédito, imponer normas de consumo y emisiones, crear una comisión de regulación financiera y aplicar otras iniciativas, pueden volver a ponernos en el buen camino, si llegan a ser aprobados por el Congreso. Sin embargo, la triste y no expresada verdad es que el camino no nos llevará a un cambio real; no es una salida a este cenagal. Sencillamente, nos conducirá por una ruta más tortuosa hacia el desastre. Lo que debemos hacer es abrir un nuevo camino.

Mi hija Jessica y mi yerno Dan me dieron un nieto el 25 de septiembre de 2007. Un par de meses más tarde, durante el día

de Acción de Gracias, renové la promesa que hice unos años antes de dedicar el resto de mi vida a ayudar a crear un mundo sostenible, justo y pacífico. Mi nieto, Grant, me había transmitido una nueva sensación de urgencia.

Sé algo que Grant no sabe: que su vida está amenazada por las crisis generadas durante mi turno de guardia. No se trata de prevención. Ni tampoco de regresar a la normalidad: un mundo en el que la mayoría es explotada por una pequeña minoría. El desafío que debemos acometer hoy es transformarnos nosotros mismos y transformar nuestra economía.

Como GE, participé en muchos de los eventos que nos han conducido a este territorio que conocemos como «normal». Como escritor y conferenciante, he pasado los últimos cinco años recorriendo Estados Unidos y otros países, hablando a líderes políticos y empresariales, estudiantes, profesores, trabajadores y todo tipo de gente.

Suelo marcharme con la positiva sensación de que estamos preparados para el cambio que será nuestra salvación, y la del mundo de Grant.

La primera parte de este libro ofrece una visión general de las causas que han originado nuestros problemas. Entendiéndolas, podemos evaluar las opciones de que disponemos. La segunda parte está dedicada a analizar estas opciones; describe unas medidas que podemos tomar —como individuos y como sociedad— para poner en marcha un sistema que mi nieto y todos sus hermanos en el planeta querrán heredar.

Se han escrito muchos libros sobre los pros y los contras del plan económico del presidente Obama, los programas que existen para reformar Wall Street, y otras políticas a corto plazo. Esos libros tratan de apaños, es decir, soluciones rápidas de emergencia para detener la hemorragia.

Este libro va más allá de los apaños. Identifica el virus que nos ha infectado y prescribe una cura a largo plazo.

PRIMERA PARTE

El problema

I

No ha ocurrido por casualidad

LOS HECHOS

Cuando yo era un gánster económico (GE), analizaba las estadísticas de muchos países del Tercer Mundo. Y, sin embargo, nunca he visto una caída en picado tan rápida como la de mi propio país, Estados Unidos, durante el último par de años. Todos conocemos los pormenores de los hechos, pero algunos de los más importantes se resumen más adelante, junto con mi observación personal de que las cosas están peor de lo que nos dicen. (Si piensa que ya conoce suficientemente los hechos, pase directamente a la segunda parte de este capítulo, «El desafío».)

Las crisis más cercanas comenzaron con la economía de Estados Unidos. Uno de los primeros signos se produjo en el mercado de la vivienda, en el que los precios alcanzaron máximos históricos en 2005 y luego comenzaron a desplomarse en 2006. Los subsiguientes declives en otros sectores económicos exacerbaron aún más la crisis de la vivienda. El sistema hizo implosión como resultado de las enormes operaciones en el mercado de las hipotecas «subprime» realizadas por Bear Stearns, Merrill Lynch, Lehman Brothers, AIG y la comunidad financiera global. En 2008, quebró Lehman Brothers, y Bear Stearns fue rescatada en el últi-

mo minuto cuando JPMorgan Chase compró la empresa a 2 dólares la acción. AIG, Bank of America y Citigroup también se habrían ido al traste si no hubiera sido por la extrema intervención del Gobierno en forma de enormes rescates financieros. Al final, las principales instituciones financieras estadounidenses y los mercados que ellas dominan perdieron aproximadamente el equivalente del producto interior bruto total de Estados Unidos, unos 14 billones de dólares.¹

Un ex senador estadounidense y actual director gerente del banco comercial Allen & Company, Bill Bradley, lo resumió así en un simposio el 30 de abril de 2009: «El Gobierno nacional ha firmado aproximadamente 12,7 billones de dólares en garantías y compromisos con el sector financiero de Estados Unidos, y ya hemos gastado un poco más de 4 billones de dólares en esta crisis... Los contribuyentes estadounidenses han aportado unos 400.000 millones de dólares a Citicorp».

Paul Krugman, ganador del Premio Nobel de Economía en 2008, añadió: «Los hogares estadounidenses han visto decrecer abruptamente su patrimonio neto en 13 billones de dólares, y se pueden apreciar vendavales similares que se están produciendo en todo el mundo».²

El cataclismo financiero mundial se extendió a toda la economía. El 30 de diciembre de 2008, el Índice de Precios de la Vivienda S&P/Case-Shiller se desplomó como no lo había hecho nunca. La construcción de viviendas cayó en un 38 por ciento. En los primeros meses de 2009, el producto interior bruto cayó a un porcentaje medio anual de más del 6 por ciento. La producción industrial se redujo en un 13 por ciento. La Oficina Nacional de Estadísticas Laborales anunció que «en abril [2009], las pérdidas de puestos de trabajo eran importantes y afectaban a casi todas las principales industrias del sector privado. En conjunto, el empleo del sector privado perdió 611.000 puestos de trabajo», y el número de parados aumentó a 13,7 millones, casi el 9 por cien-

to de la población activa. La recesión entró oficialmente en su decimosexto mes en mayo de 2009, a punto de convertirse en la más larga desde la Gran Depresión.

Cada vez que se publicaba una nueva estadística, parecía romper récords anteriores; el pronóstico era cada vez más deprimente. Los inventarios empresariales se redujeron en 104.000 millones de dólares, el máximo desde que comenzó la compilación de tales estadísticas en 1947. Las exportaciones se desplomaron en un 30 por ciento, el mayor declive en 40 años. La inversión empresarial se redujo casi un 40 por ciento, otro nuevo récord. La construcción de viviendas se redujo en un 38 por ciento. Las empresas redujeron el gasto total en un insólito porcentaje del 38 por ciento. Se superó otro hito histórico cuando el 12 por ciento de la población se retrasó en el pago de sus hipotecas o se les abrió un juicio hipotecario. General Motors, considerada el faro de la salud económica, anunció primero que cerraría 13 plantas de montaje en Estados Unidos y recortaría la producción en 190.000 vehículos; más tarde, el 1 de junio de 2009, se acogió al capítulo 11 de la Ley de Quiebras, declarando que la reestructuración tendría como resultado la pérdida de otros 21.000 puestos de trabajo, el cierre de al menos 12 fábricas y de 2.600 concesionarios de venta.³ Por último, sufrió la peor de las ignominias: fue esencialmente nacionalizada por el Gobierno estadounidense.

La recesión había infectado a todo el planeta.

El informe 2009 de las Naciones Unidas *Situación y perspectivas de la economía mundial* preveía un receso económico global del 2,6 por ciento para ese año, una enorme diferencia con su anterior previsión para 2009 del 0,5 por ciento en el peor de los casos. El informe, publicado en enero, indicaba: «La crisis del crédito mundial ha seguido afectando a la economía real en todo el planeta». Prevé que el desempleo alcance una cifra de 50 millones en los próximos dos años, «cifra que podría duplicarse fácilmente en los próximos dos años si la situación continúa deterio-

rándose». Naciones Unidas también predijo que el volumen del comercio mundial caería un 11 por ciento en 2009, el mayor descenso anual desde la Gran Depresión.⁴

Sin embargo, por muy alarmantes que fueran las previsiones, pintaban una imagen falsamente optimista; las estadísticas indicaban con toda claridad que estábamos siendo manipulados y descaradamente engañados por nuestros gobiernos y las instituciones financieras mundiales. Estas personas estaban jugando al juego que yo había aprendido como GE: hacer que el futuro parezca lo más rosa posible. Hacer lo que sea para que la gente esté tranquila. Mantener el statu quo. En las estadísticas que yo leía, los peores escenarios eran burdamente subestimados. Por ejemplo, las noticias procedentes de China indicaban que al menos 26 millones de personas ya estaban en el paro en ese país.⁵ Si otros 13,7 millones estaban sin trabajo en Estados Unidos, las cifras mundiales del paro deberían haber sobrepasado ya la previsión de 50 millones de parados de las Naciones Unidas en una cantidad importante. Otra confirmación de esta estrategia se produjo a finales del primer trimestre de 2009 cuando los analistas se esforzaban por convencernos de que la economía se estaba recuperando. Sin embargo, las previsiones de la Reserva Federal publicadas en mayo decían que la economía caería un 2 por ciento en 2009, una importante corrección del 1,3 por ciento del declive previamente estimado. La Reserva Federal [Estados Unidos] revisó sus primeras previsiones de desempleo del 8,8 por ciento y las elevó al 9,6 por ciento.⁶ No es arriesgado afirmar que estas previsiones revisadas también eran optimistas y que las cifras reales serán bastante peores.

George Soros, presidente del Soros Fund Management LLC y del Open Society Institute, y autor de *The Crash of 2008 and What It Means*, hizo partícipe de sus consejos al presidente Barack Obama durante el simposio del 3 de abril de 2008 indicado anteriormente: «Tiene que reconstruir el sistema financiero ya que no se puede restaurar tal como era».⁷

EL DESAFÍO

El desplome económico que estamos sufriendo actualmente no ha ocurrido por casualidad, ni se va a arreglar pronto. Es el resultado de políticas y actitudes que comenzaron antes de que yo me convirtiera en un GE hace casi 40 años.

Desde la Segunda Guerra Mundial, nos hemos dedicado a crear el primer imperio auténticamente mundial de la historia. En lugar de gladiadores con trajes de camuflaje, enviamos artistas con maletines y modelos informáticos. Aplicaron herramientas económicas ultraexactas para estafar a los países del Tercer Mundo dueños de minerales preciosos.

Por lo general, nuestras empresas identificaban un país que poseía algo que ellas codiciaban —recursos considerados vitales o porciones estratégicas de bienes inmuebles—. Luego llegaban los GE para convencer a los dirigentes de ese país de que lo que necesitaban eran préstamos ingentes del Banco Mundial y sus organizaciones hermanas; sin embargo, el dinero, se informaba a los dirigentes, no sería distribuido directamente a su país, sino que sería entregado a las grandes empresas estadounidenses para que construyeran proyectos de infraestructura, tales como centrales eléctricas, puertos y parques industriales. «Todo eso les beneficiará a ustedes —les decían a los dirigentes— y a sus amigos» —las pocas familias poderosas locales que poseían negocios que prosperaban con electricidad, exportación y artículos manufacturados—.» Lo que no les decíamos era que los principales beneficiarios serían nuestras propias compañías, las que construían los proyectos.

Al cabo de pocos años, los GE regresaban al país. «Vamos a ver —decían, acariciándose la barbilla como artistas estudiando un modelo—. Parece que están a punto de retrasarse en el pago de esos enormes préstamos que aceptaron.» Cuando el modelo comenzaba a temblar con agitación, les lanzaban una débil sonri-

sa. «No se preocupe. Podemos arreglarlo todo. Lo que tiene que hacer es vender su petróleo [o cualquier otro recurso] barato a nuestras empresas; anular las leyes laborales y medioambientales que nos plantean problemas; aceptar no imponer nunca aranceles a las mercancías de Estados Unidos; aceptar las barreras arancelarias que queremos aplicar a sus productos; privatizar sus servicios públicos, escuelas y otras instituciones públicas y venderlas a nuestras empresas; tampoco estaría de más que enviaran tropas para apoyar a las nuestras en lugares como Irak...»

Es un sistema que evolucionó a través del subterfugio y la astucia económica de personas que se mueven entre las corporaciones y el Gobierno de Estados Unidos (colectivamente, la *corporatocracia*). Sus líderes están representados por personas como Robert McNamara, que fue presidente de Ford Motor Company, secretario de Defensa bajo los presidentes John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, y por último presidente del Banco Mundial; George Shultz, que fue catedrático de economía y decano de la Graduate School of Business de la Universidad de Chicago, secretario de Trabajo, director de la Oficina de Gestión y Presupuesto y secretario de Hacienda bajo el presidente Richard Nixon, secretario de Estado bajo el presidente Ronald Reagan, presidente del Grupo Bechtel, asesor del presidente George W. Bush, y presidente del Consejo Asesor Internacional del banco JPMorgan Chase; y Richard (Dick) Cheney, que fue jefe de personal de la Casa Blanca bajo el presidente Gerald Ford, líder de la oposición en la Cámara de Representantes en 1989, secretario de Defensa con el presidente George H. W. Bush, presidente y consejero delegado de Halliburton Company, y vicepresidente bajo el presidente George W. Bush.

Recorriendo hace poco una exposición de pintura en Ecuador, descubrí un dibujo a pluma magníficamente ejecutado de un inconfundible Dick Cheney. Tenía un pie firmemente plantado en la Casa Blanca y el otro en la nueva sede de Halliburton en Dubai. En

una mano agitaba un puñado de contratos, y en la otra un AK-47, y aparecía agachado sobre África y Oriente Próximo, con los pantalones en los tobillos, atendiendo a la llamada de la naturaleza. Bajo él, el título rezaba: «Así es como el mundo lo ve».

Al más alto nivel, no hay separación entre las personas que dirigen nuestras grandes empresas y quienes se encargan de goberarnos. Pero las primeras líneas están ocupadas por GE como lo era yo; y nosotros siempre hemos sabido que los auténticos matones, los chacales, rondan en las sombras detrás de nosotros, dispuestos a derrocar o asesinar a cualquier dirigente que no acepte nuestras condiciones. En las pocas ocasiones en las que fallan las operaciones encubiertas, como en Irak y Afganistán, los militares pasan a la acción.

El modelo tuvo tanto éxito en el extranjero, que incluso lo importamos a Estados Unidos. Muchas de las políticas y técnicas que aplicábamos los GE a los dirigentes de Filipinas, Zaire (Congo) y Ecuador, fueron introducidas en Nueva York, California y Michigan. Entre las que tuvieron más éxito en Estados Unidos fueron la anulación de las leyes que obligaban a las empresas a cumplir estrictas normas medioambientales, sociales y de publicidad que en otros tiempos protegían los derechos de la población; la asunción de grandes cantidades de deuda personal, corporativa y gubernamental; la privatización de servicios públicos y otras instituciones «públicas»; un aumento de la vigilancia policial bajo el disfraz de «seguridad de la patria»; y el uso de terrenos públicos en beneficio de intereses corporativos.

He dicho «éxito», pero ello sólo es cierto en caso de que usted forme parte de la corporatocracia, ese club de mandamases de las empresas y las finanzas que cenan con senadores, miembros del congreso, reguladores y presidentes. Para el resto de los mortales ha sido un total fracaso. Las personas normales hemos visto cómo nuestros privilegios iban mermando constantemente, desde la atención sanitaria a las escuelas públicas; hemos contemplado

cómo desaparecían las tiendas familiares del barrio, víctimas de las grandes cadenas; hemos sido testigos de la usurpación de los medios de comunicación por un puñado de conglomerados gigantes, y ahora nos encontramos sufriendo una recesión económica que nos habían dicho que nunca volvería a ocurrir.

Aunque fui un GE durante casi siete años, hasta 1978 no comprendí las profundas implicaciones del sistema que yo estaba perpetuando. Mi trabajo en aquella época consistía en convencer al jefe del Gobierno de Panamá, Omar Torrijos, de que aceptara un enorme préstamo del Banco Mundial. La quiebra de su país aseguraría el control del canal por parte de Estados Unidos —a pesar de los recientes tratados por los que había sido devuelto a Panamá—, y garantizar que nuestras empresas conseguirían lucrativos contratos de construcción. Se trataba de una clásica estafa gansteril para corromper a un dirigente, hacerle rico y colocar a su país en una posición en la que pudiéramos explotarlo sin piedad.

Pero Omar no estaba por la labor. «No necesito su maldito dinero, Juanito», me dijo una tarde. Estábamos ambos en la cubierta de un lujoso velero atracado en la isla de Contadora, un puerto seguro donde políticos y ejecutivos de empresa estadounidenses disfrutaban del sexo y las drogas, lejos de las entrometidas miradas de la prensa internacional y de sus esposas. Omar se apoyó sobre la brillante barandilla de caoba y me lanzó una de sus sonrisas más encantadoras. «Tengo una casa bonita, la mejor comida, coches rápidos, un amigo que me presta su velero...» Se irguió y extendió los brazos para abarcar la cabina donde varios de sus consejeros más cercanos bebían ron con media docena de mujeres jóvenes en bikini. «Tengo prácticamente todo lo que un hombre puede desear.» Luego frunció el ceño. «Excepto una cosa.» Lo que me dijo a continuación fue que su objetivo era liberar a su gente de los «grilletes yankees», asegurarse de que su país controlaría el canal, y ayudar a América Latina a liberarse de todo lo que yo representaba y que él denominaba el «capitalismo depredador».